

el temor de que tú y mis demas amigos os burlaseis de mí, y me nombraseis como un espíritu débil que un fanático habia seducido, la pena de dejar una vida tan agradable como la que yo hacia, la dificultad de abandonar mis gustos, sacrificar mis pasiones, y abrazar una vida austera, que me parecia imposible sostener; cada una de estas cosas se me representaba como una montaña que yo no era capaz de vencer, esto me hacia combatir contra mi flaqueza, procuraba hacerme fuerza, y me disponia á resistir.

Pasé una noche muy inquieta y dormí poco. Yo mismo no me podia entender, porque se me escapaban exclamaciones que nunca habian salido de mis labios. Algunas veces me sorprendi diciendo: ¡ODios! si es verdad que existes; si es verdad, Jesucristo, que eres Dios, alumbra mi ceguedad, y determina mi corazon. En estas agitaciones pasé toda la noche, y esperaba con impaciencia el otro dia. En otra te contaré lo que me pasó en él. A Dios.

CARTA XV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO Teodoro: A la hora acostumbrada llegó el padre. Lo primero que hice fue leerle el resumen que habia hecho para mí; y de que te envié copia en mi última carta. Me parece que le oyó con satisfaccion, y me dijo: Espero, señor, que vuestro trabajo no será perdido; Dios está entre nosotros, y jamas ha engañado mis esperanzas. Despues sin añadir mas continuó así:

Ayer hablamos de la moral cristiana, y me quedó por deciros que esta moral tan pura y santa, que esta moral tan conforme á la razon, y tan proporcionada y útil para la flaqueza del hombre corrompido, estriba sobre dos grandes fundamentos, y son las magníficas promesas con que anima á la virtud, y los terribles castigos con que amenaza al vicio; porque, señor, la religion nos sigue mas allá de la muerte, y entonces es cuando nos hace ver el efecto de sus promesas.

La imaginacion no puede concebir los bienes inmortales con que nos aguarda. Despues de habernos hecho en la tierra hijos de Dios, y hermanos y coherederos con Jesucristo, nos ofrece en el cielo una sociedad eterna de dichas con el Padre y con el Hijo por la union y el amor de su divino Espíritu. Nuestras almas se penetrarán de la inefable luz de la inteligencia soberana, nuestros corazones inmutablemente

felices con la vista y la posesion del bien infinito, tendrán la certidumbre de estar inundados sin fin en un torrente de delicias, y seguros de ser eternamente dichosos; pero con dichas tan grandes, tan inmensas, que ni los sentidos ni los pensamientos pueden en la tierra concebirlas.

Hasta el cuerpo, este caduco y deleznable cuerpo tendrá parte en la gloria y la felicidad del alma; pues, habiendo sido el compañero de sus trabajos y el instrumento de sus méritos y buenas obras, no quedará siempre sepultado en el polvo, y llegará el día en que, resucitado y glorioso, goce de la merecida recompensa. Este es el precio que la fe promete á nuestras esperanzas.

Instruido de estas verdades el Cristiano sufre con paciencia los males de la vida. Sabe que cada momento que corre es un paso con que se acerca al término; que no puede tardar el momento de dar cuenta de sus obras, y que por fin ha de llegar aquel terrible instante en que la voz poderosa del Omnipotente mandará á los muertos que revivan, y entonces la tierra, el mar y los abismos restituirán todos sus depósitos. Nuestra débil razon se confunde; pero que deje de oponer dificultades al que ha ofrecido hacer este prodigio. El universo está en sus manos, y el que supo sacarlos de la nada sabrá encontrarlos por mas que se hayan mezclado y escondido entre sus diversas hechuras.

Los cuerpos ya vivos é inmortales saldrán de sus sepulcros para presentarse á Jesucristo; pero serán

bien diferentes de lo que eran. No serán ya aquellos cuerpos sujetos al pecado, que abrumaban al alma y la entorpecian; no serán aquella casa de lodo, de donde la razon no podia desterrar sus indomables enemigos. La mano que los hizo los sacará ahora como figuras nuevas, como vasos de honor, como templos augustos y gloriosos, en que todo está en paz, porque todo está en orden. Y como ya los misterios de Dios estan consumados, como el número de los escogidos será lleno, y el reino del pecado será destruido, Jesucristo destruirá tambien á su último enemigo, que es la muerte.

Despues de esta grande y última victoria ya casi no habrá distincion entre el hombre y el ángel. Todos seremos espíritus celestes, y cantaremos juntos los cánticos de amor y gratitud á gloria de nuestro Libertador; subiremos con él á su trono, nos asociaremos á su reino y poder, juzgaremos con él las naciones; el humilde dominará á los orgullosos que le dominaron en la tierra, el miserable que sufrió con paciencia se verá superior al poderoso que le oprimió, la víctima se levantará contra su tirano, y empezará el alto é interminable imperio de la virtud.

Pero si la religion da á los buenos tan dulces esperanzas, ¡que terribles son los castigos eternos con que amenaza al impío y al pecador que no mueren en los brazos de la penitencia! Ya hablamos de esto un poco el otro día, y ahora quiero añadirlos que estos castigos de la religion, aunque tan espantosos, nos la hacen mas preciosa y venerable; porque el dogma

de las penas preparadas á los delitos en la vida futura está enlazado con los de la justicia y santidad de Dios, con los de la inmortalidad del alma, y de la distincion del bien y el mal, con las nociones que tenemos de la virtud y el vicio, y con la necesidad de una religion.

Este dogma es tambien un punto de doctrina muy necesario para servir de contrapeso á las pasiones, de barrera á los vicios, de apoyo á la virtud, de suplemento á la imperfeccion de las leyes humanas, de freno á los grandes, y de consuelo á los miserables; en fin es tan conforme á la razon, y basa tan necesaria de toda moral, de todo orden y de toda sociedad, que el paganismo le percibió á pesar de todas sus tinieblas. Es verdad que la teología grosera de aquel tiempo le desfiguró con fábulas absurdas, y que despues las espesas nubes con que le ha procurado cubrir la filosofia, alteraron de tal manera esta verdad importante, que la dejaron tan poco decorosa á Dios como inútil al hombre; pero esto fue error de las pasiones, y el sentimiento de su existencia fue en el principio un instinto del corazon por la idea de su necesidad.

El evangelio es donde este dogma ha recobrado su certidumbre, su dignidad y su energia. Allí es donde Dios despues de intimarnos sus leyes, y haberlas dado su sancion divina, nos advierte que éste código dictado por sus labios será la regla invariable de sus juicios, y que las penas serán proporcionadas al número y enormidad de los delitos; que Dios será siempre misericordioso mientras dura la vida, y

estará

estará pronto á recibir en sus brazos al que implorare su clemencia; pero que desde que entra en el abismo oscuro de la eternidad, ya el hombre no será jamas perdonado; porque en esta vida nueva y desdichada no hay ya penitencia saludable, y que en ella el arrepentimiento de los malos no es mas que la rabia del amor propio reducida á la desesperacion y despecho.

Allí es donde se nos dice que en la region de las penas eternas los que murieron endurecidos y rebeldes jamas amarán la verdad; porque ya no son capaces ni de convertirse con sus desengaños, ni de mejorarse con sus baldones; que estos no pueden ya mas que irritarlos, porque no hay esperanza de remedio, y que solo quisieran destrozar la verdad con sus manos sacrilegas, si su fuerza fuera tan grande como su odio. Allí se nos hace la pintura formidable de aquel dia tremendo en que Dios, á vista del universo, justificará su providencia, manifestando los resortes escondidos de su gobierno, la elevacion de sus consejos, la santidad de sus leyes, y la justicia con que destina á castigos eternos á los que no quisieron aprovecharse de su misericordia.

Bien sé, señor, que el orgullo humano no puede soportar esta idea, y que siempre repite horrorizado: ¡qué! ¡por un momento de flaqueza una eternidad de tormentos! Pero ni sus injustas murmuraciones, ni sus dudas insensatas podrán mudar las disposiciones divinas, y los destinos de los hombres. Ya os he dicho que nuestra débil razon no es capaz de medir la justicia de Dios, que para hacerla callar basta hacerla

Tom. II.

10

saber que Dios lo ha dicho. Considerad tambien que las leyes humanas no son injustas porque castigan la culpa de un momento con la pérdida irreparable de la vida; y si nuestra razon alcanza á conocer la necesidad de este rigor, ¿cómo nos podemos atrever á condenar á Dios, cuando despues de haber amenazado á los impenitentes con una venganza eterna, los ve desde su trono burlándose de sus amenazas?

Para nuestro sosiego debe bastarnos saber que bajo el imperio de un Dios de infinita misericordia ninguno sufrirá tan horrible destino que no sea por culpa suya, y sin haber en cierta manera como forzado á su justicia. Considerad tambien que si todo el terror que inspira la idea de un infierno no es suficiente para contener á los hombres, ¿qué seria si Dios no hubiera dado por contrapeso á las pasiones una eternidad desventurada? «¿Cómo es posible imaginar,» dice Bosuet, que no haya en Dios una justicia, » cuando la nuestra dimana de la suya? Pero la de » Dios debe ser soberana, esto es inevitable; divina, » por consiguiente infinita: siendo infinita debe ser » conforme á su naturaleza, y sus castigos deben ser » infinitos. Que mediten esto los malos, y que vean » que no pueden hallar seguridad contra la cólera » eterna que los amenaza».

Para que sintamos mas el precio, la grandeza y la necesidad de la religion, transportémonos, señor, con el pensamiento al último instante en que la vida se termina. ¿Que consuelos puede ofrecer á un moribundo la seca y estéril filosofía de la incredulidad?

¿qué le podrá mostrar para calmar sus terrores, y alentar sus esperanzas? ¿será el espantoso y poco seguro abismo de la nada? Pero, ¿qué alma, si sus pasiones no la han embrutecido, podrá imaginar sin asombro destino tan horrible? ¿cómo es posible que la naturaleza no rechace la idea de su destruccion? ¿y qué incrédulo puede estar bastante seguro de ella, para descansar con tranquilidad en tan vergonzoso y amargo recurso?

La verdad es que ninguno de ellos está tranquilo ni seguro; así lo vemos desmentirse de ordinario en las cercanías de la muerte; entonces hacen á la religion reparacion de sus desprecios, y buscan en la misericordia de Dios el consuelo que no pueden hallar en sus antiguos principios. Si alguno de ellos lleva mas adelante el furor de su impiedad, es el último esfuerzo de su orgullo, el infeliz artificio de su despecho, que quiere cubrir la turbacion que le devora con la máscara de la firmeza, acaso porque Dios le ha arrojado de sí y le abandona, y porque él mismo ha perdido con la esperanza del perdon hasta el valor del arrepentimiento.

¡Que diferente es la suerte de aquel á quien la religion acompaña hasta el fin con su luz y su fuerza! El Cristiano mira la muerte no como efecto del acaso, ni de una ciega necesidad de la naturaleza, sino como consecuencia justa, indispensable y santa de la sentencia pronunciada contra el pecador, y que se ejecuta en el tiempo que señala la Providencia. El moribundo se une con la justicia divina, coopera con ella, y se

somete, obedece, se humilla y adora, da gracias, ó por lo menos se resigna, se mantiene en paz, y levanta á Dios su corazón, implorando su misericordia, y sostenido por su esperanza.

El Cristiano sabe que su vida no era mas que un largo sacrificio, que empezó en el momento en que por el bautismo se ofreció á Dios, y que debe consumarse por la muerte; que viviendo ó muriendo debe ser todo de su Señor, y no puede ser mas; que en este estado de humillacion y agonía es mas particularmente suyo, porque va á dejar la vida para obedecerle, para imitar su muerte y representarla.

De modo que la muerte sin religion es un objeto horrible, un suplicio vergonzoso, un abismo sin fondo, una desgracia sin recurso, y el mas fatal escollo de la humanidad; pero la muerte en Jesucristo es una oblacion voluntaria, un acto de obediencia, un sacrificio de espiacion, un sueño apacible, un rápido pasage de las tinieblas á la luz, del destierro á la patria, y de las miserias de una mansion corta y borascosa á la paz de una vida inmortal y bienaventurada.

¡Ay, señor! si los hombres consideraran con frecuencia estos momentos últimos, en que las pasiones callan y tienen mas luz los desengaños, no se fiaran tanto en una filosofía de telarañas, que el primer soplo de terror la deshace y aniquila en un instante; pero la desgracia es que en el tiempo de la salud y fuerza, cuando el amor propio arroja lejos de sí la idea de la muerte, las pasiones se apoderan del corazón, y no

dan lugar á reflexiones. La gloria de la religion es que la mayor parte de los que la atacan son corrompidos y desarreglados en sus costumbres, y que los que viven en el orden sin amores delinquentes, ni hábitos viciosos, no tienen dificultad en unirse al yugo de la fe, la respetan, la profesan, y cuanto ella les propone les parece creible y razonable.

¿Quiénes son los que desean y trabajan para sacudirle? Aquellos cuyas pasiones se han inflamado, cuyos sentidos han ofuscado su corazón y se han sumergido en el desorden. Es pues gloria de la religion no tener por enemigos mas que hombres desordenados, esclavos de su carne ó idólatras de su fortuna; este es testimonio evidente de su santidad, de su equidad inviolable, y de su inflexible rectitud. Si ella pudiera aflojar de la severidad que recomienda; si pudiera acomodarse con el vicio, y dar ensanches á sus apetitos impuros, á sus ideas ambiciosas y á sus injusticias, no la hicieran la guerra con tanta rabia, la dejaran dominar en paz sobre la tierra, y no la persiguieran con odio tan furioso.

No ignoro que la mayor parte de los incrédulos dicen que no se declaran contra la moral del evangelio que reconocen santo, sino contra sus misterios que no entienden, y que trastornan las ideas humanas; pero esto es artificio, y si fueran sinceros confesaran que los misterios no les incomodan, y que si los combaten es porque les sirven de pretesto para destruir la moral que suponen y predicán, y porque quisieran ofuscar una luz severa que no les deja gozar tranquilamente sus placeres. La fe de los misterios no les costara nada,

si la pudieran acomodar con la iniquidad de sus corazones; pero, ¿cómo aliar la luz con las tinieblas? Cuando no hubiera otra prueba contra la incredulidad que el acomodarse tanto con el desorden de la vida, se debiera inferir que no vale para nada: este título solo bastara para condenarla.

Supongamos que hubiese en algun reino hombres que intentasen desacreditar el gobierno de su soberano, que despreciasen sus órdenes; que hablasen de su persona sin respeto, que dijese que el obedecerle era miseria y cortedad de espíritu, que el zelo de su servicio era ridiculo, y en fin que derramasen impresiones injuriosas á su magestad y capaces de trastornar su monarquía; os pregunto, señor, ¿si se dejaria tranquilos á estos hombres? ¿y si por lo menos no se les haria encerrar? ¿Y se deberán tolerar hombres tan atrevidos y sacrilegos, que en medio del cristianismo, con sus impiedades y mofas profanan las cosas mas santas, y desacreditan el servicio de nuestro gran Dios á quien adoramos? ¿que no hacen caso de su luz ni de su culto, que tratan de supersticiosas las demostraciones de nuestra adoracion, que trabajan por quitarle sus mas fieles siervos, por apartarlos de sus altares, y en fin que se burlan de sus ejercicios devotos, llamándolos hipocresía ó simplicidad? ¡Señor! ¿os parece esto justo?

Lo singular es que los que no caen en tantos excesos suelen decir, hablando de estos hombres, que fuera de este artículo en lo demas son honrados y hombres de bien; estilo absurdo y que desacredita

mucho el título de honrado. ¿Cómo puede ser honrado el que falta á su primera y mas esencial obligacion, que es la de reconocer á su Criador, adorarle y obedecerle? ¿cómo puede ser hombre de bien el que profesa principios que se dirigen á destruir toda la confianza entre los hombres? ¿el que no tiene freno que le detenga, para determinarse á todo lo que le pidan sus intereses y placeres? en fin, ¿el que vive sin fe y sin ley? Que se le ponga en pruebas difíciles, y presto se verá lo que es, y lo que da de sí este hombre honrado.

Tambien es singular que á este incrédulo se le propongan las verdades de la fe, esto es, revelaciones fundadas sobre la tradicion mas antigua y mas constante, confirmadas con innumerables milagros públicos, consagradas con la sangre de muchos mártires, autorizadas con la sumision de los hombres mas sabios en todos los siglos y la creencia de naciones enteras, y que nada de esto le haga fuerza; y si se le proponen los delirios ó las ideas sùtiles de un filósofo nuevo, que regla el mundo á su antojo, que discurre sobre el orden y la naturaleza de los entes con tanta seguridad como si los hubiera hecho con sus manos; entonces este hombre tan incrédulo admira aquellas concepciones, las cree sin dudarlas, las sostiene con obstinacion, y las defiende tanto que delira por ellas. San Pablo dijo bien (1), « que Dios entrega estos « hombres á su réprobo sentido, que se pierden en

(1) *Ad Roman.*, 1 y 28.

» sus pensamientos frívolos y quiméricos, y que los
» que se tienen por sabios son insensatos ».

Por otra parte yo quisiera preguntar á estos cate-
dráticos de irreligion, ¿qué es lo que pretenden?
¿Quitar las supersticiones? ¿cortar los abusos? Todos
lo deseamos, y la Iglesia lo desea mas que nadie.
Pero, ¿para arrancar la zizaña es menester arrancar
tambien el buen grano? ¿La moral del evangelio no
es santa? ¿no es propia para hacer á los hombres justos
y felices? Pues, ¿porqué desacreditarla? Y cuando
fuera posible estirparla del mundo, ¿qué se hubiera
conseguido? ¿Se puede acaso hallar otro medio mejor
y mas fuerte para freno de los hombres, y gobierno
de los pueblos?

¿Qué seria de un estado en que no hubiera ni una
religion que contenga, ni una moral que reprima?
¿cómo existiria una sociedad en que cada uno eje-
cutase todo lo que pudiera ocultar á la vigilancia de
las leyes humanas, y no tuviera mas regla que la de
su interes? Como de ordinario los intereses de unos
se hallan en contradiccion con los de otros, ¿cuál
seria el efecto? Disensiones continuas, pillage uni-
versal; el pobre pillaría al rico, el ocioso al aplicado,
y nadie podría estar seguro de una muerte violenta
ó de un asesinato: todo seria confusion, delitos y
trastornos, y esto es lo que los incrédulos harían en
el mundo entero, si lograsen su empeño de desacre-
ditar la religion.

Pero ellos no se embarazan de estas consecuencias,
ni se detienen á considerarlas; lo que les importa

es sacudir una ley que incomoda sus pasiones, y
engañarse á sí mismos. El tono del dia en los dis-
cursos y en los libros es ridicularizarla, burlarse de
ella, y hacer reir á los oyentes ó lectores. Los es-
carnios son los argumentos, los chistes y las ironías
son las objeciones á la moda; esto es fácil, y al mismo
tiempo astuto, porque nada hace tanto efecto en los
ignorantes, que no conocen la futilidad de sus racioci-
nios, como un sarcasmo dicho con gracia y sazonado
con la sal de la impudicia; pero el instruido oye de
otra manera á estos nuevos doctores, y cuando los
ve muy satisfechos de haber combatido á su modo la
religion, porque se han burlado de algunas devociones
populares, que tratan de abusos y supersticiones, ó
ve su ignorancia con lástima, ó mira con indignacion
su malignidad.

Sabe el instruido que nuestra religion no consiste
en esas devociones particulares, que es fácil que la
simplicidad del pueblo introduzca en ellas alguna
supersticion por un error hijo de su ignorancia; pero
que la Iglesia las condena, y encarga á sus ministros
que velen para ilustrar las gentes poco instruidas;
que muchas veces no son mas que excesos de zelo
que nacen de un buen principio, que no todo lo que
condena el zelo amargo de estos apóstoles falsos se
debe condenar, que hay fundaciones piadosas que
una buena intencion inspira en honor de Dios y de
sus Santos, y que estas deben fomentarse; que puede
haber otras instituciones acaso menos útiles, pero no
contrarias al espíritu de la religion, y que estas se

toleran por no enfriar el zelo, y porque no perjudican; pero que nunca se miran como el fondo de nuestra creencia y culto. Esto es lo que estos sofistas debían reflexionar. Si no lo saben, es mucha ignorancia; si lo saben es mucha malignidad querer desacreditar la religion por accesorios que no pertenecen á lo principal.

Si quieren caminar de buena fe, que se despojen de toda preocupacion, y que la examinen en su fondo y esencia. Entonces no podrán dejar de admirar cuanto es sublime y santa, y reconocerán que tiene con que contentar á los espíritus mas sabios y elevados, como los fueron los padres de la Iglesia. Aunque no quieran, descubrirán en ella un carácter divino, que los asombrará; pero ya he dicho que no es esto lo que quieren. ¿Y qué hacen? Atacan lo que no se defiende, un punto de ninguna consecuencia, y en que la religion regularmente no se interesa; una ceremonia, una costumbre que les choca, y que la simplicidad suele introducir, son los objetos sobre que descargan sus golpes, y hacen grandes esfuerzos de elocuencia para echarlos por tierra. Bien se demuestra que la religion es inespugnable; pues no se la puede combatir sino tan de lejos, y con objeciones tan frívolas.

Si llega el tiempo de que este nombre de *filosofía* hoy tan envilecido recobre su significacion verdadera, y que el título de *filósofo* no se dé sino al que ama la verdad, y la busca de buena fe, se leerá con asombro que en nuestro siglo la filosofia era enemiga de la religion, y que era menester ser incrédulo y blasfemo para alcanzar renombre de filósofo.

Cuando el evangelio no fuera mas que un sistema humano; cuando se pudiera demostrar que el divino origen que se le atribuye es falso, y sus esperanzas y amenazas quiméricas, nadie pudiera negar que es un libro excelente que no ha podido escribirse sino con intenciones virtuosas; que su doctrina es tan pura, sus maximas tan santas, y sus consejos tan sabios, que si su observancia fuera general, con esto solo se remediarían cuantos abusos y desórdenes lloran los hombres de bien en las sociedades humanas. Así es imposible quitar á los fundadores del cristianismo el mérito de haber emprendido un designio saludable, de haber concebido ideas santas y sublimes, y de haber sido hombres benéficos, y verdaderos amigos de los otros hombres.

Hay tambien otra cosa que salta á la vista, y es que de cuantas especies de personas componen la sociedad humana, las que se conforman con las leyes del evangelio son las mas felices, las mas tranquilas, las mas seguras, las mas firmes en sus principios de probidad y de honor, las que cumplen mejor con las obligaciones de su estado, y el recurso mas cierto y compasivo en las necesidades de los menesterosos. De esta experiencia resulta una verdad que debiera detener á cuantos aman la virtud, y quieren pasar por filósofos verdaderos, y es que pues el evangelio es capaz de producir estas virtudes, ningun corazon honrado puede desacreditar su doctrina, y que solo un perverso puede desear el que los hombres dejen de ser Cristianos, porque el primer deseo de la probidad es que todos sean buenos y dichosos.

Es pues evidente que en todas las suposiciones los detractores del cristianismo son peligrosos y culpados, que aun cuando fuera posible demostrar que no existe ninguna religion revelada, seria menester respetar el evangelio como el mejor libro que ha caido en las manos de los hombres, y que los que pretenden desacreditarle deben ser tenidos por insensatos, furiosos, á quienes incomoda toda idea de razon y justicia, y cuya depravada corrupcion se avergüenza de la sabia y severa moral que en él se nos enseña.

El mas alto punto de perfeccion á que pudiera aspirar el mejor sistema de felicidad pública, seria que en fuerza de sus principios la parte fuerte y poderosa de la sociedad fuese como empujada por su propio interes á socorrer y hacer feliz á la parte débil y miserable, y que al mismo tiempo esta hallase en el mismo sistema un punto de apoyo y seguridad tan independiente, que pudiese ser feliz hasta en el seno de la opresion, y bajo el yugo de la tiranía.

Esto es lo que no han hecho ni harán jamas las legislaciones humanas, y esto es lo que hace el evangelio; este es el sublime caracter que le distingue de cuantos sistemas de política y de moral han parecido desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias. El evangelio es el libro que ha presentado al género humano el plan mas vasto, mas rico y mas capaz de producir el reposo del mundo, la felicidad de los hombres, y la concordia de los imperios.

Si un filósofo no puede llegar á tener la creencia del cristianismo, se le debe compadecer sin duda, y

si tiene la desgracia de no poder experimentar en sí los consuelos inapreciables que hacen felices á otros muchos, se le debe mirar con lástima; pero, ¿con qué ojos se puede mirar al frenético, que, no contento con su propio daño, concibe el insensato empeño de arrancar este consuelo de los corazones? Esto es lo que no se puede perdonar á la filosofía de nuestro siglo; su proceder es absolutamente incompatible con el caracter de hombres de bien, y si la indignacion pública de algunas naciones no ha excluido todavía de las sociedades honradas á todos estos filósofos maléficos, es porque en la estrema confusion con que los varios sistemas de impiedad han oscurecido los principios de la moral verdadera, las virtudes se han desfigurado, y han estendido tanto sus dimensiones, que es casi imposible discernir el punto en que la probidad acaba, y la iniquidad empieza.

Los que sin ninguna noticia del evangelio lean á Voltaire y á otros muchos filósofos de nuestros dias, cuando vean el furor encarnizado con que tratan la doctrina del cristianismo, se imaginarán que el evangelio es el libro mas perverso y pernicioso que jamas se ha dado al público, y que estos varones benéficos, por amor de la humanidad, le desacreditan con tanto ardor, por esterminar unas maximas que pudieran producir la desgracia ó la ruina total del universo, tanto es el encono y la saña con que le vituperan: pero por ventura, ¿la misma evidencia de su verdad no será causa de esta irritacion misantrópica? ¿no será la certeza de su utilidad el estímulo de tantas explosiones

tan absurdas como indecentes? ¿y no se podría añadir á las innumerables pruebas de la divinidad de nuestra religion la dificultad que tiene de moderarse el que la contradice, y la imposibilidad de ser hombre de bien el que la censura y aborrece?

En efecto, señor, el que fuera incrédulo de buena fe, y porque no puede persuadirse, estaria mas tranquilo, y soportaria la creencia de otros con mas indulgencia. La persuasion sincera nunca es apasionada. El que insulta al que no logra persuadir, tiene otros intereses que los de la razon. Es menester un corazon maligno para complacerse sin interes en turbar el sosiego de los que viven en paz y quietud; así parece que el filósofo que con tanta turbulencia predica lo que él llama verdad, da á entender que él mismo no está intimamente persuadido, que no aspira mas que á evitar la vergüenza de abandonar toda virtud, y que quiere cegar á los demas para que no vean la pobreza y miseria de su corazon.

En vano pues trabaja la incredulidad en despojarnos de nuestra fe; los verdaderos amigos de los hombres estarán siempre por la conservacion del evangelio. Este libro es tal, que si fuera posible que un hombre sincero tuviera la desgracia de no poderle creer, le quedaria la esperanza de que puede engañarse, y que acaso algun dia podria juzgar mejor; pero siempre admitiria su doctrina, no podria dejar de amarla; y la doctrina que sabe ganar el corazon, sabe tambien resistir á todos los errores del entendimiento.

Si la doctrina del evangelio fuera falsa, esta seria la primera vez despues del origen del mundo que la verdad hubiera estado de acuerdo con el interes de las pasiones para destruir preceptos que las incomodan, y este concierto fuera tan nuevo, como inexplicable; porque el vicio y la virtud jamas pueden hallarse en armonía tan perfecta. No seria posible dar razon de un fenómeno tan raro; pero es muy fácil explicar porque hay algunos que le combaten con tanta fuerza; porque abandonan la Iglesia en que nacen, y pretenden erigir en sistema la corrupcion, libertando á los hombres de sus obligaciones: todo es por librar á los viciosos de sus remordimientos, y por esto se observa que los apóstatas de todos los tiempos son mas injustos, inconsecuentes y encarnizados que los otros.

¡ Empresa temeraria! Podrán seducir algunos ignorantes, y acabarán de corromper á los viciosos; pero la religion se defiende por si misma, y, dejando aparte todos los antiguos y venerables documentos, todas las incontrastables pruebas de que hemos hablado, ostenta en su doctrina tal caracter de solidez y de grandeza, que no puede dejar de apasionar á todo corazon que esté libre de vicios ó de intereses personales; es imposible que no inflame á toda inteligencia humana, aunque á su deseo de concebir y penetrar ofrezca de suyo tantos abismos y profundidades.

El ánimo verdaderamente noble y elevado se